



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo LXXI. De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LXXI.

De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.



IBA el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto dijo á su amo: en verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar una cédulilla de algunas medicinas, que

no las hace él sino el boticario, y cátao cantusado (1); y á mí que la salud ajena me cuestan gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mías, que el abad de donde canta yanta y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis (2).

(1) *Cantusar* es enganchar á alguno, ó atraerlo engañándolo, ó con engaños. Hoy se dice *Engatusar*.— MARTINEZ DEL ROMERO.

(2) Esto es, simple, neciamente y sin retribución alguna.— Arr.

Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiere el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres; y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos.

A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced cuanto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tieno á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote.

Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trescientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas.... (1) y no digo mas.

¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió don Quijote, y cuan obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirme todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdida (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo á cielo abierto, que yo me abriré mis carnes.

Llegó la noche esperada de don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos.

Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacias la silla y albarda de Rocinante y el rucio se tendieron sobre la verde yerba; y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: mira, amigo que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorécate el cielo conforme tu buena intencion merece.

Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste

(1) No se toman ó cogen truchas á bragas enjutas.—Esto es, las cosas de precio y valor no se alcanzan sin trabajo y diligencia.

milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ú ocho se habria dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño (1), porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á cuartillo.

Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo don Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y llueven azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado, bastan por ahora, que el asuo, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.

No, no señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados (2): apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera: que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo don Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tal denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba: y alzando una vez la voz y dando un desaforado azote en una haya, dijo: aquí morirá Sanson, y cuantos con él son.

Acudió don Quijote luego al son de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propíncua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues vuesa mer-

(1) Retraerse alguno de lo pactado por haber reconocido engaño en el contrato.—D. A.

(2) Dicese este proverbio del oficial ó artesano, que habiendo recibido adelantada la paga de la obra tiene pereza de acabarla.—Arr.



ced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruero sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querría resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo así don Quijote y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba.

Apeáronse en un meson, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles (1) unas sargas viejas pintadas como se usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote dijo: estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya, pues si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á París se escusáran tantas desgracias.

Yo apostaré, dijo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta ni meson, ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas.

Tienes razon, Sancho, dijo don Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba respondia: lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: *este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta, que andaba los años pasados en la corte llamado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban: y preguntándole uno ¿que queria decir *Deum de Deo*? respondió: dé donde diere (2). Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querría que fuese entre árboles, que parece me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.

Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió don Quijote, sino que para que tomes fuerza lo hemos de guardar para nuestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre caliente, y cuando estaba picado el molino porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un toma que dos te daré, y el pájaro en la mano que buitre volando.

(1) *Guadameciles*, ó *guadamaciles* son las cabritillas ó badanas adobadas, y con varias figuras y labores estampadas en ellas con prensa. Servian y aun sirven por lo comun para cubiertas de mesas. Aqui significa las cortinas de la sala.—Arr.

(2) De este poeta y de su dicho habló tambien Cervantes en la novela ó *Coloquio de los perros*, por estas palabras: «responderé, dijo Berganza, lo que respondió Mauleon, poeta tonto, y académico de la academia de los imitadores, á uno que le preguntó qué queria decir *Deum de Deo*: y respondió que *dé donde diere*.»—P.—*Dé donde diere*, se usa para denotar que se obra ó habla á bulto, sin reflexion ni reparo.—D. A.

